



Jiménez Barrera, Joaquín y Diego Riveros Miranda. "El cuerpo como archivo. La ratificación de los afectos y la subjetividad en *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* de Andrea Chapela". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2023, vol. 12, n° 27, pp. 9-21.

El cuerpo como archivo. La datificación de los afectos y la subjetividad en *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* de Andrea Chapela

The body as an archive. Datification of affects and subjectivity in *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* by Andrea Chapela

Joaquín Jiménez Barrera¹

ORCID: 0000-0003-4891-4939

Diego Riveros Miranda²

ORCID: 0000-0002-6444-7229

Recibido: 10/12/2022 || Aprobado: 17/02/2023 || Publicado: 22/03/2023

Resumen

Ante la inminente datificación y digitalización de la existencia (Srnice; Costa), la ciencia ficción latinoamericana reciente ha indagado en la figuración de la corporalidad ya no solo desde un estatuto orgánico, sino también hacia su proyección virtual y artificial. El presente trabajo explora dos relatos de *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* (2020) de Andrea Chapela considerando los modos de vinculación entre los cuerpos y las tecnologías. Se plantea que en estos cuentos la corporalidad puede entenderse como un archivo (Castillo), en la medida en que se ve tamizada por el accionar del capitalismo informacional, lo que trae consigo la datificación de lo humano; particularmente, de los afectos y la

Abstract

In the face of the imminent datification and digitalization of existence (Srnice; Costa), recent Latin American science fiction has inquired into the figuration of corporeality no longer only from an organic status, but also towards its virtual and artificial projection. This paper explores two stories from Andrea Chapela's *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* (2020) considering the ways in which bodies and technologies are linked. It is proposed that in these stories corporeality can be understood as an archive (Castillo), to the extent that it is sifted by the actions of informational capitalism, which brings with it the datification of the human, particularly of affects and subjectivity. In this sense, the body becomes

¹ Licenciado en Letras Hispánicas, profesor de Lengua y Literatura y Magíster en Letras, mención Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Becario ANID. Su investigación se centra tanto en ciencia ficción latinoamericana como en poéticas y narrativas alusivas a la tecnología. Sus exploraciones académicas se enuncian desde el posthumanismo, la filosofía de la imagen, la pregunta por lo digital en el contexto del capitalismo informacional y la filosofía de la técnica. Contacto: jjjimenez@uc.cl

² Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica y Magíster en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Becario ANID. Contacto: diego.riveros.m@ug.uchile.cl



subjetividad. En este sentido, el cuerpo deviene información y se deslinda de los márgenes orgánicos que tradicionalmente lo han definido, proyectándose como un archivo cuantificable y proclive a la vigilancia.

Palabras clave

Archivo; digitalización; afectos; ciencia ficción.

information and is delimited from the organic margins that traditionally define it, projecting itself as a quantifiable archive prone to surveillance.

Keywords

Archive; digitalization; affects; science fiction.

En los últimos años, la narrativa latinoamericana de ciencia ficción ha escenificado las implicancias de las tecnologías en la formación de cuerpos, afectos y subjetividades. *Kentukis* (2018), novela de la argentina Samanta Schweblin, es quizás paradigmática de esta constelación, en la medida en que reflexiona sobre los vínculos afectivos articulados por distintos sujetos alrededor del mundo a través de dispositivos de conectividad: los kentukis, artefactos tecnológicos que median las relaciones de intimidad. Esta obra, al igual que otras publicadas recientemente en el territorio latinoamericano,³ se enuncia desde un barniz distópico que anula gran parte de las posibilidades de resistencia portadas por sus personajes. Como bien lo plantea Gregory Claeys, las distopías literarias “are understood as primarily concerned to portray societies where a substantial majority suffer slavery and/or oppression as a result of human action” (290). Esto quiere decir que una distopía puede ser sintomática de un tipo de opresión social, funcionando como un innegable aparato de visibilidad política.

Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio de la escritora mexicana Andrea Chapela, publicado el 2020, da continuidad al tramo distópico con que se ha enunciado la ciencia ficción latinoamericana reciente.⁴ Sin embargo, lo que distingue a este conjunto de cuentos de los demás relatos latinoamericanos es que pone en escena otra vertiente particularmente propia de la era digital: el problema de la datificación. Estudios recientes como los de Flavia Costa (2021), Shoshana Zuboff (2020) y Nick Srnicek (2018) nos demuestran que el lugar concedido a la tecnología en la actualidad permea no solo la economía y los modos de circulación del capital, sino también la subjetividad y la corporalidad humana. Si consideramos, además, el creciente interés por los estudios sobre archivo y afectos (según lo denominado por Andrés Tello y Sara Ahmed como “giro archivístico” y “giro afectivo”, respectivamente⁵), notamos que la subjetividad se ve tamizada por aparatos de control que antes no habían sido contemplados en las tramas de saber-poder. El archivo, por un lado, signa una corporalidad. La entrama en una red de significantes que limitan sus posibilidades de enunciación. Los afectos, por otro lado, son propensos a circular actualmente por medio de entornos virtuales, lo que los vuelve vulnerables a la datificación. Este trabajo intenta demostrar particularmente que los afectos y la subjetividad, aspectos importantes para la conformación de los cuerpos, son

³ A esta se suman *Los cuerpos del verano* (2012) de Martín Felipe Castagnet, *Las constelaciones oscuras* (2015) de Pola Oloixarac y *Sinfín* (2020) de Martín Caparrós, por tan solo nombrar algunos ejemplos.

⁴ Claire Mercier plantea la denominación de “ficciones distópicas latinoamericanas” (128) señalando que obras tales como *El insoportable paso del tiempo* (2016) de Francisco Rivas y *El año del desierto* (2010) de Pedro Mairal permiten visibilizar el lugar del trauma en sus reelaboraciones históricas.

⁵ En *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*, Andrés Tello (2018) identifica “la emergencia de un ‘archival turn’ en las humanidades, las artes y las ciencias sociales, es decir, [...] un nuevo giro hacia el fenómeno del archivo, ya no como mero insumo de trabajo sino como un objeto de estudio por sí mismo” (11). Por su parte, Sara Ahmed (2015) discute el concepto de “giro afectivo” (307) en *La política cultural de las emociones* para hacer referencia a la importancia creciente de las emociones y los afectos en los estudios culturales de los últimos años.

susceptibles a archivarse, lo que hace visible una nueva forma de entender al archivo y las formas de poder que lo signan.

Dilucidar las hebras del cuerpo-archivo

A partir de la arqueología foucaultiana propuesta en *Las palabras y las cosas* (1968), el archivo se ha consolidado como un dispositivo de enunciación (y enunciabilidad) que recorre los espacios de la institución. Para Derrida, el archivo comporta una dialéctica: “ nombra a la vez el *comienzo* y el *mandato*” (9); es decir, contempla dos principios: el de “la naturaleza o la historia” (9), que ocurre al momento en que el archivo inscribe su aparente organicidad histórica, y el “principio nomológico” (9), que designa el lugar del mandato. En palabras de Andrés Tello, esta dialéctica “coincide históricamente con el doble sentido abrigado en el término griego *arkhé*: la disposición del *principio* (“histórico”, “físico” o “natural”) y el ejercicio de un *mandato*” (52). Esto quiere decir que el archivo, en cuanto aparato de visibilidad y enunciación, comporta desde su origen dos formas de desplegar su poder. Estos principios, sin embargo, involucran modos de enunciabilidad que también podrían considerarse artificiales; no son, como se cree, naturales u orgánicos. En otras palabras, no son neutrales, sino que advierten distintos despliegues del poder en las formas que han decidido enunciarse.

Si bien el principio de la historia nos indica un tipo de organicidad “natural”, es necesario evaluar cómo se configura dicha “esencia”. Andrés Tello cuestiona este aspecto y plantea que el *arkhé* griego suele estar posicionado como “la organización del archivo histórico-cultural de Occidente” (15), y que su naturaleza orgánica contempla “una concepción dominante sobre el sentido de la propia historia humana, entendida como sucesión lineal y progresiva de los hechos” (23). Desde sus inicios, el archivo apuntó a configurarse en cuanto práctica historiográfica de tintes teleológicos; dicho de otro modo, ha servido con un fin particular: contar la historia triunfal de Occidente. Es Foucault quien desmitifica la organicidad del archivo para entenderlo en cuanto máquina social. La imagen de la máquina, en este sentido, no es casual: enfatiza el carácter artificial del archivo y tensiona la supuesta organicidad propuesta por su conformación como *arché*. Según Tello,

un archivo nunca puede reducirse al resultado de una actividad administrativa autárquica o aislada del resto del cuerpo social, ya que es más bien el producto heterogéneo de un conjunto de relaciones y tensiones sociales mucho mayor, cuya condición de posibilidad está dada por una concatenación de cuerpos y fuerzas que no responden en ningún caso a una organización social determinada por la naturaleza. (27)

La idea del archivo como máquina social, entonces, nos habla de una concatenación de fuerzas, intensidades y movimientos más bien heterogéneos: “el archivo se constituye a partir del registro de intensidades que no provienen de ningún organismo previo sino más bien de la multiplicidad latente en toda producción social” (Tello, 29). Ante la innegable datificación y digitalización de la vida, Flavia Costa advierte que vivimos en la era del Tecnoceno, etapa que implica entender al ser humano como agente geológico y, a la vez, participante activo de la era informacional. Desde un punto de vista amplio, esto nos hace pensar en el sujeto como un archivo que inscribe sus huellas en los sedimentos, las rocas, los ríos y la naturaleza; en el Internet, las redes sociales y las interfaces digitales. En palabras de Jussi Parikka, “los humanos dejan su marca, y la Tierra la lleva en sí como un archivo” (22). En este archivo, el sujeto desperdiga sus huellas en todo tipo de ecosistema, incluyendo las interfaces digitales. Se deslinda de su condición únicamente orgánica para devenir en cuerpo informacional.

Para Costa, el Tecnoceno consta de cinco fases: datificación, digitalización, protocolización, vigilancia y “la mercantilización integral de la existencia” (39), que ocurre cuando nuestras actividades cotidianas en entornos digitales “como los minutos de atención frente a una pantalla o los datos que vamos entregando a las aplicaciones gratuitas” (39) son susceptibles de ser monetizables. En sintonía con este planteamiento, Nick Srnicek advierte que la fuerza capitalista actual, que podemos denominar ‘informacional’,⁶ se enfoca “en la extracción y uso de un tipo particular de materia prima: los datos” (41). Esto es lo que Srnicek nombra ‘capitalismo de plataformas’, es decir, el momento en que los datos (forma clásica de entender el archivo, como acumulación de información) constituyen un blanco productivo para la circulación del capital. El sujeto, por tanto, no se define únicamente por su condición orgánica, sino también por su lugar en la interfaz, donde se disemina y disgrega en cuanto dato. Las actividades realizadas en línea, además, son monitoreadas constantemente, lo que nos habla de un capitalismo de la vigilancia, definido por Shoshana Zuboff como “un nuevo orden económico que reclama para sí la experiencia humana como materia prima gratuita aprovechable para una serie de prácticas comerciales ocultas de extracción, predicción y ventas” (9).

Lo anterior nos autoriza, por tanto, a pensar en la idea de un cuerpo-archivo, figura que designa una posibilidad ontológica de comprender al ser humano contemporáneo. Su condición puramente orgánica se desmitifica de la misma manera en que Foucault tensionó la aparente organicidad del *arché* griego. El cuerpo, en palabras de la filósofa Alejandra Castillo, puede ser entendido como una “superficie completamente expuesta, diseñada bajo la directriz de un código” (44). Es un archivo que está sometido al régimen escópico de la “imagen-pantalla” (Castillo, 16). En esta disposición, “las imágenes se presentan ante nuestra mirada como el resultado de un complejo algoritmo que cuenta para su eficacia con un registro de nuestras preferencias y gustos” (Castillo, 16); en otras palabras, son las imágenes –algoritmizadas, mediatizadas o en forma de *cookies*– aquellas que construyen un cuerpo digital, desvinculado la corporalidad de una matriz únicamente orgánica o “natural”. El cuerpo, entonces, también se cifra bajo su condición digital.

El cambio de la lógica afectiva en los cuerpos conectados

Pensar sobre los afectos nos remite de manera inmediata a la idea de un cuerpo que siente y se involucra de manera física con su entorno. Consecutivamente, la expresión de un cuerpo nos remite a un sujeto orgánico, visceral, similar a la aparente organicidad del archivo, que se construye únicamente a partir de los flujos sanguíneos y las marcas biológicas que componen su piel. Pero, ¿qué ocurre con los afectos una vez que el cuerpo se deslinda de su estatuto puramente orgánico? ¿Cómo se interpreta el hecho de que, en nuestra era actual, el cuerpo tiene la capacidad de devenir información?

Entendemos los afectos como la capacidad de ser afectado, es decir, la potencia del cuerpo para comunicarse con otro a partir del reconocimiento de esa presencia, tal como lo plantea Spinoza: “Por afectos, entiendo las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo” (114). Es decir, un afecto y su acción –la afección– es el efecto que un cuerpo produce sobre otro. Desde los nuevos materialismos, tanto Jane Bennett como Bruno Latour conceptualizan esta idea a través del concepto de ‘actante’, que designa, precisamente, la condición afectiva de los organismos que habitan un mismo ecosistema.

⁶ Este término fue conceptualizado por primera vez por Manuel Castells para referir a los impactos de las tecnologías en el capitalismo, cuyo cauce informacional es innegable en el contexto del siglo XXI.

Al entender el cuerpo no netamente como lo humano, sino que como materia sensible, podemos vincular dicha conceptualización de los afectos con este cuerpo-archivo, que se deslinda de lo orgánico como punto nuclear de su definición y se convierte en foco de vigilancia y en algo completamente cuantificable bajo el paradigma del capitalismo informacional. Esta consideración nos obliga a repensar sus formas de construir subjetividad y los modos en que circulan los afectos, pensados desde su potencialidad de resistencia frente a estas escenificaciones literarias de la distopía como un espacio donde se anula la capacidad de ofrecer dicha lucha. Esto, ya que el aparataje tecnológico ocupado para controlar los cuerpos-archivos también controlará la producción y circulación de los afectos en las interfaces digitales.

Margarita Martínez plantea que la técnica desmonta los binarismos de la Modernidad; es decir, que la nueva relación establecida entre lo humano y lo tecnológico provoca una crisis de lo sensible, pues hay lógicas relacionales que se reestructuran: una que se vincula con la relación táctil que se produce con la herramienta (hacer *scrolling* en la pantalla, o usar lentes de realidad simulada), y el diseño de personalidad que involucra la creación de perfiles virtuales (96). Los dispositivos tecnológicos llevarían en sí las huellas de los sujetos que los utilizan, producto de una “necesidad humana de poner las manos sobre el mundo” (Martínez, 99), huellas que se datifican y que conforman un cuerpo informacional que transmite ciertos afectos, entre el cuerpo orgánico y lo “no tan inanimado” de las interfaces digitales (Martínez, 100). Más que plantear una construcción de lo sensible del sujeto contemporáneo, consideramos necesario hablar de la construcción de la subjetividad del sujeto conectado y de cómo dicha configuración repercute en los circuitos de afectos, permeados por la tecnología vigilante.

Estas nuevas tecnologías inducen terceros estados híbridos entre lo que se concibe binariamente como público/privado (Martínez, 97). El desdibujamiento de la frontera entre lo privado y lo público obliga a los sujetos a definirse todo el tiempo por las redes, ya que la creación de perfiles involucra una salida de las emociones del espacio de lo “privado” y se manifiesta en todos los espacios, se dispersa por las redes, donde “el goce se vincula con la pulsión escópica” (Martínez, 97), que no es nueva, pero que se manifiesta de nuevas formas. Este planteamiento es similar al de Castillo, quien estudia el régimen escópico de la imagen-pantalla, pero esta vez poniendo el foco en la circulación de los afectos, que al ser producidos por cuerpos hechos información, también se convierten en datos cuantificables, más vulnerables a la vigilancia.

El permanente contacto de los cuerpos con los dispositivos tecnológicos plantea una pregunta acerca de cómo nos sentimos afectados por ellos y de cómo es nuestra interacción con estos. Si se entiende que estos aparatos son una especie de extensión de nuestros cuerpos, entonces “se transforma la noción del cuerpo propio [creando] una prótesis subjetiva” (Martínez, 94). Si esto se lleva al extremo, se podría incluso pensar en que el cuerpo individual es “una extensión de las tecnologías globales de la comunicación, a las que alimenta de manera constante con una multitud de datos y en tiempo real” (94). La datificación del cuerpo y de los afectos, expuestas como huellas en las interfaces digitales, plantea una cierta materialidad del Internet como parte constitutiva del cuerpo-archivo.

Este desdibujamiento de lo privado y lo público dialoga de manera productiva con la teoría de los afectos, pues analizar el rol que cumplen estos en la sociedad, operando en la reproducción de estructuras de poder que organizan las relaciones sociales, nos permite hacer un análisis en torno a la gestión de los cuerpos en el capitalismo informacional, determinando cómo los afectos también pueden ser un punto de resistencia, entendiendo que estos cumplen un rol central en el cuestionamiento del poder y que son prácticas sociales y culturales más que estados psicológicos (Ahmed, 290). Si, como plantea Ahmed, los “afectos son efectos” (294), entonces debemos dilucidar e iluminar qué efectos produce esta interrelación en las dinámicas afectivas entre cuerpos y tecnologías en los relatos de Chapela.

Existe así un tráfico emocional que condiciona la forma en que estos cuerpos se relacionan entre sí, con su entorno y, específicamente, con los dispositivos tecnológicos del capitalismo informacional. Nuestra perspectiva involucra una noción de afecto spinoziano que se entiende como la capacidad de afectar y ser afectado, una intensidad no consciente que puede ser percibida por los cuerpos en su radical apertura con otros, y, podríamos agregar, con otros dispositivos. Si las sociedades son circuitos de afectos, se entiende que la adhesión social se construye a partir de algunos afectos más hegemónicos que otros que configuran incluso los comportamientos individuales. Podríamos preguntarnos, entonces, cuáles son los afectos que circulan en los procedimientos algorítmicos, qué efectos provocan a nivel de los individuos y su existencia y cuáles no circulan, excluyéndose.⁷ Como diría Rancière, estaríamos ante un reparto de lo sensible excluyente, en función de lo político entendido como lo que configura lo que vemos, lo que podemos decir al respecto, quién tiene la competencia para ver y la cualidad para decir (9). En un mundo dominado por los algoritmos y la datificación de lo humano, pareciera ser que queda poco espacio para abrir otros marcos de lo visible, de lo enunciable y de lo factible, reconfigurando lo sensible común, dando espacio a disensos y a resistencias.

“El último día de mercado”: el archivo de los afectos

“El último día de mercado” narra la historia de Luisa, una niña mimada, hija de una familia de clase alta, que, desobedeciendo las órdenes de sus padres, decide salir del espacio seguro de su hogar para ir a visitar el mercado, prohibido para ella debido a su peligrosidad. Esto lo realiza junto a la hija de la criada, Tina, quien –según se comenta desde un inicio– se encuentra conectada a la red del hogar de sus jefes mediante un auricular inserto en su cuerpo, escenificando de inmediato el control a través de la tecnología, pues es vigilada todo el tiempo y castigada mediante una descarga eléctrica en caso de desobediencia.

No es solo Tina quien se encuentra intervenida, sino también Luisa, una niña modificada genéticamente desde su gestación: “Luisa toma tres cápsulas con el desayuno y dos más con la cena. [...] los genes de Luisa fueron modificados desde la gestación, así que requiere más medicamentos y chequeos para mantener en orden sus funciones cognitivas avanzadas” (Chapela, 118). Esta modificación del ADN puede ser leída como un antecedente importante para entender a los sujetos como información, en tanto dicha molécula contiene y resguarda las instrucciones para construir el cuerpo.

La subjetividad de Luisa es editada genéticamente desde un inicio para tener mejor rendimiento, pero dicha modificación contrasta con la de Tina, la hija de la criada. Luisa es intervenida para ser más inteligente, culta y pavonearse en reuniones sociales: “Luisa puede aguantar que le pregunten qué nuevo idioma ha aprendido este mes (coreano) o le pidan que resuelva problemas de geometría avanzada” (Chapela, 119), pero a Tina, perteneciente a la clase baja, la modifican con un auricular que la vigila mediante una red privada y cerrada de la casa, que la castiga si desobedece: “En un circuito cerrado cada desobediencia genera una pulsada eléctrica. La descarga es como la de las máquinas de toques, aumenta hasta que la persona obedece” (Chapela, 117). Esto nos demuestra una clara red de poder que se sustenta en la vigilancia completa de Tina.

Si, como menciona Zuboff, el capitalismo de la vigilancia “reclama unilateralmente para sí la experiencia humana, entendiéndola como una materia prima gratuita que puede traducir en

⁷ Cuestión que le interesa mucho a Ahmed, para quien los afectos poseen una potencia contrahegemónica, de catalizador para la acción, otorgándole un estatus nuevo a lo que siempre se han considerado “afectos negativos” como la rabia, el sufrimiento o la decepción: “Pasar de la felicidad al sufrimiento –o incluso sufrir la pérdida de determinada idea de la felicidad a causa de una decepción– puede incluso catapultarnos a la acción” (425).

datos de comportamiento” (17), en este relato tal situación se observa a cabalidad, en tanto Tina, como empleada, establece una relación laboral en la que es constantemente observada a través de una red de vigilancia que la castiga cuando desobedece: una escenificación distópica donde la experiencia humana completa de Tina es utilizada como materia prima para la explotación. Decimos experiencia humana completa, pues la vigilancia es tal que el auricular que posee Tina incluso reconoce sus emociones y cambia de color acorde a estas: “El arete que cuelga de su oreja izquierda, conectado al auricular y por tanto a sus emociones, brilla naranja. Un enfado leve. En las cuatro semanas que Tina ha estado usándolo, Luisa ha creado un catálogo color–emoción” (Chapela, 118). Tal como menciona el narrador, Luisa, en tanto “dueña” y vigilante de Tina, es capaz de formar un catálogo de las emociones de su empleada, lo que representa una transparencia total, sin espacio para que Tina pueda mantener para sí algo tan privado como sus propias emociones y su voluntad –o no– de expresarlas.

Al considerar los afectos como espacios a partir de los cuales se ejerce control sobre los sujetos, observamos acá que la datificación se traduce en la creación de un catálogo de emociones, una estandarización de los afectos que es una forma de jerarquizar para controlar. La digitalización de Tina conlleva una subjetividad ligada al control de otros, en este caso, de Luisa y su familia, sus empleadores. Este ordenamiento coherente de los colores que representan los afectos da cuenta también de una archivación del cuerpo a partir de estos y que la intervención clandestina del auricular –la apertura de los circuitos– es una forma de hacer resistencia ante el archivo, la manifestación de una ruptura.

De este modo, se expresa una escenificación donde se desdibuja lo privado de lo público, tal como plantea Martínez, en el sentido de que la intromisión de la técnica en los cuerpos va alterando las concepciones dicotómicas sobre la forma de interactuar con el entorno. Una tecnología que, en el caso de este relato, va siempre en dirección a los objetivos económicos de la familia de clase alta: mantener su control y dirigir las vidas de todos los que se encuentran bajo la red de su hogar. Lo notable es que lo difuso de los límites entre lo privado y lo público parece ser una cuestión que solo afecta a Tina y su madre, las empleadas de la casa, la clase más desamparada que no tiene las herramientas necesarias para defenderse.

Pero el relato avanza gracias al quiebre del statu quo: Luisa, la niña mimada y genéticamente modificada, desea romper las reglas y salir a conocer el mercado sin su madre, solo en compañía de Tina, quien aprovecha la circunstancia de complicidad para ir a la tienda de Don Romo, que bordea la ilegalidad, donde le ofrecen intervenir su auricular para salir del radar de la familia de Luisa. Ya en el mercado, paseo que se narra poniendo el foco en el asombro de Luisa ante todo lo que ve, se conoce la existencia de los trozadores, sujetos que “secuestran y hacen negocio con partes del cuerpo” (Chapela, 124). Los trozadores son estimados por la familia de Luisa como peligrosos, quizás porque son precisamente la encarnación de la posibilidad de una autoedición, de (des)armarse a partir de las enormes opciones que ofrecen lugares como la tienda del viejo: “Luisa nunca ha visto muchos de los diseños que cuelgan del techo, pero puede adivinar para qué son: arneses para ser más fuerte, diademas para guardar información mental, collares con pequeñas bocinas para cambiar el tono de la voz” (Chapela, 124).

Estos son los únicos espacios en los que es posible el perfilamiento de la clase a la que pertenece Tina. No es casual, entonces, que para poder pagar esto, Don Romo le pida unas cápsulas que consume Luisa como parte de su constante perfeccionamiento corporal de élite. La edición de sí mismo no solo conlleva la creación de perfiles digitales donde podemos ser “lo que queremos ser”, sino que trae consigo un espacio de posible resistencia frente a las dinámicas de control presentes, ya que en este caso, Tina aprovecha los vericuetos del mercado con sus espacios de menor control para ir a una tienda escondida en la que pueda intervenir el auricular que la mantiene conectada a la casa de Luisa. Esta intervención tiene el propósito central de

abrir el circuito para tener acceso a toda la red y además, evitar los castigos físicos –mediante descargas eléctricas– de la casa de Luisa:

–El circuito de mi auricular está cerrado y conectado a tu casa. Ya lo sabes –responde Tina, tras un breve e incómodo silencio–. Necesito abrirlo para que no pase lo de hace rato con las órdenes de mamá. Me dijeron que por una botella de tus cápsulas podría conseguir que me lo abrieran. (Chapela, 124)

La potencial liberación de Tina del circuito cerrado tendría como consecuencia no solo salir del control y ser vigilada por la familia de Luisa, sino la capacidad de acceder a otras redes y ser parte de otras zonas de comunicación con otras personas. Esto se lee como un intento de configurar una experiencia-otra, o como decía Rancière, de configurar un nuevo reparto de lo sensible, en el sentido de que se abren nuevos espacios para ver, decir, hacer y existir, a partir de los “reagenciamientos materiales de los signos y de las imágenes” (49). En este caso, serían los materiales de sus propios cuerpos, en una articulación entre afectos y lo político, que se condice muy bien con esa construcción de cuerpos intervenidos por la tecnología que pueda contrarrestar la vigilancia del capitalismo informacional.

Pero la salida no es fácil: el problema de Tina, nuevamente, es la dependencia que tiene de los bienes de Luisa y su familia, pues, para que el hombre de la tienda del mercado le desactive el mecanismo de control de su auricular le pide como pago las cápsulas de Luisa, quien debe acceder –o no– a otorgárselos a Tina como favor. De otra forma no hay trato, situación que puede leerse en un sentido más pesimista, en tanto la potencial personalización no sería más que un camuflaje del capitalismo de la vigilancia, otorgando una libertad de elegir que no es tal, pues siempre depende de la venia de los grupos hegemónicos.

Esta situación se acentúa al final del relato, en el que Luisa, asustada por lo que observa en la tienda, escapa corriendo al centro del mercado tratando de volver a casa. Tina, obligada a obedecerla por el circuito cerrado que todavía no interviene, corre tras ella y la encuentra, suplicando que le dé un poco de tiempo para abrir su circuito, pero Luisa se niega y formula una orden que se asume como incontrovertible:

Tina, llévame a casa. Ahora. La orden sale de su boca con facilidad, tanta que apenas la registra. Tina se detiene, ambas saben lo que sucederá si se niega. Las dos conocen la jerarquía, Luisa es la hija de la casa y el auricular lo sabe. Tina da un paso y se tensa, el arete se pone rojo oscuro. (Chapela, 127)

En ese momento se sintetiza la pérdida de soberanía que Tina tiene sobre sí, ya que la jerarquía pesa y muestra la inevitabilidad del castigo que se cierne sobre ella si desobedece. Que el orden sigue siendo el mismo de al comienzo se evidencia en que Luisa es capaz de acceder a las emociones de su criada: rojo oscuro, que implica una profunda ira. Así termina el relato, con la ira de Tina reducida a datos -lejos de los afectos como resistencia que planteaba Ahmed-, usurpada de su autonomía y sumida en una vigilancia unilateral y sin consentimiento.

“Calculando, recalculando”, o el reparto del cuerpo-archivo

En la era digital, el relato sobre el cuerpo unificado o ‘ensimismado’ en sus atributos orgánicos parece subvertirse de manera radical. Cobra intensidad la imagen deleuziana del cuerpo sin órganos, en la medida en que el sujeto habita las hebras de su subjetividad tanto en su conformación biológica como en las redes virtuales que lo entretrejen. Esta subversión del clásico entendimiento centrado y unitario sobre la ontología humana cobra sentido en el relato

“Calculando, recalculando”, donde la narración es completamente enunciada por una inteligencia artificial que guía y aconseja a quien la utiliza al mismo tiempo que mide la subjetividad de los personajes en datos y porcentajes. La aplicación, cuyo nombre es *LifeCoaching* (Chapela, 51), plantea predicciones a través de los datos que los mismos usuarios entregan, manifiesta cuáles serán las conductas de estos en determinadas situaciones cotidianas y representa aquello que Éric Sadin denomina *aletheia* algorítmica: el momento en que los algoritmos enuncian un régimen de verdad que difícilmente es cuestionado. En palabras del filósofo:

La aletheia algorítmica no nos muestra ahora cómo una verdad se convierte en objeto de un saber reflexivo, de una búsqueda inacabable, sino que nos muestra una verdad enunciada por sistemas dotados de un poder de experticia supuestamente superior y que tiene como vocación ejercerse en toda oportunidad posible. (100)

Cabría preguntarse: ¿qué tanta legitimidad se le otorga a la inteligencia artificial imaginada en este cuento? ¿Cómo reacciona el sujeto ante la datificación de sus afectos y cuánta confianza deposita en los datos arrojados por la IA? En el relato, se explora un escenario de ferviente intimidad: una relación amorosa en ciernes, con posibilidades de prosperar. La narración es completamente enunciada por la inteligencia artificial del texto, que analiza los datos de un personaje femenino que parece no estar convencido de la continuación de su vínculo afectivo. Incluso, podríamos decir que el grado de intimidad se exagera si se considera que el personaje se encuentra en un baño:

Parámetros actuales. Baño. Quinto piso, departamento B. Soria 42, esquina con Bolívar, Benito Juárez. Ciudad de México, 03400. 10:30 pm. Hogar de Álex Carreón. Alimentos en las últimas tres horas: una copa de vino en casa, dos copas más en el restaurante, una entrada de falafel compartida, un plato de cuscús y pastel de chocolate, especialidad del chef (5 de 5 estrellas OutToEat). (Chapela, 51)

Aunque el relato no hace explícita esta consideración, se deja en claro que la inteligencia artificial participa de un circuito integrado con otros dispositivos tecnológicos que vigilan, datifican y asedian a los sujetos en cada ápice de sus vidas. Como se demuestra en la cita, *LifeCoaching* tiene la capacidad de geolocalizar el punto exacto donde se encuentran los usuarios. Lleva, además, un registro de sus nombres (“Álex Carreón”) y sabe determinar cuáles fueron los alimentos consumidos por los personajes. Esto nos habla no solo de cuerpos archivados y datificados, sino también de una tecnificación de la experiencia sensible en que el microcosmos de la intimidad y el macrocosmos de la ciudad parecen ser espacios completamente archivados y digitalizados. Esto se subraya antes de que la IA comience con el análisis de los datos, pues se señala: “El programa accederá a tu posición espacio-temporal actual, a tus parámetros biológicos y a los antecedentes de comportamiento pertinentes. La información se utilizará para el análisis, pero no se compartirá a través de ninguna red” (Chapela, 51).

Tanto la posición espacio-temporal de la protagonista como sus parámetros biológicos y antecedentes de comportamiento constituyen trazos de archivo que, al igual que las materias primas, son utilizados para predecir conductas y entregar consejos sobre el devenir de su vínculo afectivo. Este análisis, que promete no ser difundido, accede a múltiples focos de datos y les da forma: de allí que la noción de ‘información’ sea, precisamente, la de in-formación; es decir, un procedimiento de donación de forma a partir de datos que aún no se han ordenado en un proceso de datificación o archivación. Esta consideración se puede extrapolar al acto narrativo que realiza *LifeCoaching*: al predecir y calcular los posibles escenarios en que se

podría ver enfrentada la protagonista, construye una narrativa sobre su historia personal y afectiva. Este relato comienza con las primeras interacciones junto a Álex (en entornos físicos y digitales) y desemboca en narrativas futuras, que comunican lo que podría suceder en caso de continuar o no con el vínculo afectivo.

La narrativa que construye *LifeCoaching* precisa examinar “datos biológicos e interacciones en red” (Chapela, 52) para articular sus predicciones. Resulta significativo que los datos biológicos y las interacciones en red sean puestas en común, pues esto demuestra que la signatura orgánica del sujeto es vista en un trazo de continuidad con los datos que deposita en los entornos digitales. El cuerpo es entendido como un lugar de habitabilidad que se deslinda y reparte. No solo importan los rasgos propios de su biología, sino también la corporalidad que fabrican en el lugar de lo digital. En el cuento, este aspecto es el que más se evidencia: mientras la protagonista consulta sus datos y solicita predicciones, *LifeCoaching* contempla en sus respuestas factores orgánicos y deslindes artificiales. Inicia su análisis en el punto exacto en que la protagonista conoce a Álex, como se señala en la siguiente cita:

Tu señal y la de Álex Carreón se cruzaron por primera vez de forma personal y no incidental hace mes y medio. El dueño de la fundación Sm4rt le comisionó una pieza para la puerta de entrada. Tu historial de búsqueda muestra que revisaste tu perfil personal diez veces en las primera veinticuatro horas después de conocerlo.

Desde entonces, han intercambiado ciento cincuenta mensajes personales. El programa de análisis detectó la presencia de cuatro chistes propios, dos de los cuales están relacionados con la diferencia de sus respectivos trabajos. (Chapela, 52-3)

Llama la atención que la IA, más que definir a la protagonista por sus atributos físicos o psicológicos, la describe como una señal que interfiere a la de Álex. Tras este acercamiento, *LifeCoaching* indaga en archivos pertenecientes a las interfaces, como el historial de búsqueda de la protagonista, que devela sus ansiedades y deseos tras conocer a Álex. En la misma cita se menciona el intercambio de mensajes personales, advirtiendo que el contenido de estos se extrapola a chistes sobre sus ambientes laborales. Esto nos demuestra la articulación de un cuerpo-archivo que se signa a partir de sus búsquedas y mensajes enviados. En otras palabras, no importa solo su conformación biológica para la definición de su subjetividad, sino también las huellas virtuales que va desperdigando en la red. Estas también comunican y construyen una especie de persona digital.

Avanzado el cuento, logramos identificar que la IA tiene la capacidad de inmiscuirse también en trazos informacionales propios de la corporalidad. Más allá de los datos entregados por la protagonista en la red, *LifeCoaching* logra determinar exactamente cuál es el tipo de neurotransmisores que se liberan a medida que interactúa con distintos estímulos en la red. Al momento en que esta desarrolla su vínculo afectivo, se advierte: “Se detectó la presencia de un apodo cariñoso y recurrente. El mote ñoñis hace alusión a tu profesión como programadora y muestra intimidad y afecto. Este apodo aumenta tus niveles de dopamina en una reacción positiva” (Chapela, 53). Inmediatamente después, se señala: “Álex entregó la instalación el lunes pasado. Se detectó una reacción poco favorable en ti: niveles hormonales bajos, los cuales reflejaban tristeza y decepción, debido a la falta de una despedida adecuada y la ausencia de mensajes durante ese día” (Chapela, 53).

Ambas citan son ilustrativas de que los afectos, además de ser rastreados a través de los datos que se entregan a través de las interacciones en red, son examinados por medio de la información que el mismo cuerpo orgánico sintetiza en forma de neurotransmisores. Por un lado, el apodo cariñoso hacia la protagonista hace que libere dopamina en reacción positiva, mientras que un tipo particular de despedida por parte de Álex hace que esta experimente

niveles hormonales bajos. En otra escena, se descubre que, incluso, *LifeCoaching* logra rastrear datos provenientes de interacciones no verbales:

La lectura de interacciones no verbales, gestos especulares, cercanía y segregación sincronizada de feromonas durante la cita revelan una compatibilidad mayor al 95%. Se percibieron cambios microgestuales en paralelo, interacción comunicativa, ningún silencio incómodo y secreción de norepinefrina constante. Sus bromas te hicieron sonreír en siete ocasiones e, incluso, reírte en dos. Tu actividad neuronal coincidió con los datos de una conversación interesante de nivel 8 (alto). (Chapela, 53)

Lo anterior nos habla de una vigilancia integral tanto de la información orgánica del cuerpo (los neurotransmisores, las hormonas) como de sus gestos no verbales e interacciones en red. En este sentido, es posible hablar de una corporalidad digital que se estandariza para la construcción de una narrativa particular sobre la subjetividad de la protagonista. Las conversaciones que esta mantiene con Álex se miden en niveles, lo que nos revela que el modo en que las tecnologías comunican los cuerpos se realiza a partir de discursos que estandarizan sus modelos de conducta y actividad subjetiva. Sin embargo, no todo es tan sencillo, ya que como la misma IA lo indica, ciertas emociones requieren de un tiempo de procesamiento mayor, debido a sus grados de complejidad:

De camino a su departamento, en el taxi, te besó. Dicho instante no arroja un resultado concluyente. Se detectó nerviosismo, ansiedad y excitación sexual y emocional, pero la cascada hormonal que se presentó requiere más tiempo de procesamiento y el análisis aparecerá en la pantalla de inicio. (Chapela, 54)

Finalmente, vale la pena retomar un aspecto mencionado con anterioridad: la idea de que la IA construye una narrativa sobre el sujeto conectado. Como se indicó, esta no solo mide y estandariza al cuerpo, sino que también da recomendaciones sobre las conductas a asumir. Por ejemplo, cuando Álex invita a la protagonista a comer, *LifeCoaching* declara: “Tu respuesta fue afirmativa e instantánea, a pesar de mi sugerencia de esperar un par de horas ya que todas las estadísticas indican que lleva a mejores resultados” (Chapela, 53). Al final del texto, con cierto humor, señala: “¡Cuidado! Has pasado 20% más tiempo en el baño que el promedio (212 segundos) en una primera cita. Te recomiendo que le jales” (Chapela, 57). El relato concluye con una predicción definitiva que advierte que la relación entre Álex y la protagonista tendría “una vida máxima de cinco años, dos meses, una semana y tres días” (Chapela, 59), por lo que “Mi sugerencia final es que no pases la noche con él, salgas ahora mismo de su apartamento y no comiences una relación” (Chapela, 59). El cuento finaliza con la protagonista saliendo del baño y tomando una decisión que queda en suspenso. Sin embargo, una lectura posible es presumir que esta opta por concluir el vínculo afectivo y seguir el resplandor de la *aletheia* algorítmica, cuyo régimen de verdad logra modelar las conductas y hacer del cuerpo un archivo susceptible a informarse en retazos de subjetividad repartidas entre lo orgánico y lo digital.

Palabras finales

Si en el caso de “El último día del mercado”, la estandarización de los afectos se realizaba bajo un catálogo color-emoción en contra de la voluntad de la muchacha escrutada gracias al auricular que le pusieron sus empleadores, en “Calculando, recalculando” pareciera haber un grado más de consentimiento para leer los datos de la protagonista. En este último relato, nos percatamos cómo el software *LifeCoaching* podía acceder incluso a lecturas fisiológicas de su

usuaria luego de pedir permiso para ello, pero al mismo tiempo, este podía acceder sin consentimiento a los datos de la posible pareja de la protagonista, lo que demuestra el enorme poder de inmiscuirse en intimidades ajenas que poseen estas tecnologías.

El acto narrativo que *LifeCoaching* realiza a partir de la predicción de posibles escenarios a los que se vería enfrentada la protagonista, gracias al acceso que esta le otorga al software de los datos de su propia vida, construye una persona digital que termina siendo una profecía autocumplida que conquista toda su identidad, ya que los algoritmos predicen quién será y esta les obedece, ofreciendo un panorama más bien distópico en tanto la subjetividad de la protagonista se afianza en estandarizaciones de posibles escenarios. Como planteamos, esta construcción nunca es exacta, a pesar del intento de convertir al cuerpo en un simple conjunto de datos, información y archivo, donde se materializa de manera bastante exacta lo planteado por Martínez con respecto a las consecuencias de la articulación entre cuerpo y tecnología en relación con el régimen de lo sensible.

Si este escenario muestra un gran control de los cuerpos por parte de la irrupción de la tecnología aun con el consentimiento de la protagonista, en el caso de “El último día de mercado” esta misma situación se veía reforzada por el circuito cerrado en la que se desenvuelve en contra de su voluntad, lo que demuestra una gran diferencia con el otro relato. Esta narración se moviliza precisamente por el deseo de libertad de Tina, la empleada, que cierra con un tono desolador, pues termina siendo arrastrada al mismo lugar que empezó, frustrándose su intento de abrir sus circuitos.

A partir de la lectura de ambos relatos, pudimos dar cuenta de cómo la construcción de la subjetividad en la era de la digitalización dista de ser exacta y más bien está mediada por la estandarización realizada por quienes controlan las innovaciones tecnológicas, modificadoras de cuerpos y afectos. No olvidemos que el título del libro de Chapela es *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio*, palabras que dan cuenta de cómo los dispositivos tecnológicos moldean la subjetividad con la misma facilidad con la que se manipula un trozo de plastilina.

Obras citadas

- Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- _____. *La promesa de la felicidad*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019.
- Bennett, Jane. *Vibrant Matter*. Londres, Duke University Press, 2010.
- Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I: La sociedad real*. Madrid, Alianza, 1997.
- Castillo, Alejandra. *Adicta imagen*. Buenos Aires, La Cebra, 2020.
- Chapela, Andrea. *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio*. Madrid, Almadía, 2020.
- Claeys, Gregory. *Dystopia: A Natural History*. Oxford, Oxford University Press, 2018.
- Costa, Flavia. *Tecnoceno: Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Santiago, Cactus, 2021.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Editorial Trotta, Madrid, 1997.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1968.
- Latour, Bruno. “Esperando a Gaia. Componer el mundo común mediante las artes y la política”. *Cuadernos de Otra Parte*, vol. 26, 2012. 67-76.
- Martínez, Margarita. “El derrame de lo subjetivo y la construcción de un real asistido”. En Speranza, Graciela (comp.), *Futuro presente, perspectivas desde el arte y la política sobre la crisis ecológica y el mundo digital*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

- Mercier, Claire. “Ficciones distópicas latinoamericanas: Elaboraciones esquizo-utópicas”. *Aisthesis*, vol. 65, 2019. 115-133.
- Parikka, Jussi. *Una geología de los medios*. Buenos Aires, Caja Negra, 2021.
- Rancière, Jacques. *La división de lo sensible. Estética y política*. Santiago: LOM Ediciones, 2009.
- Sadin, Éric. *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Buenos Aires, Caja Negra, 2020.
- Safatle, Vladimir. *El circuito de los afectos: cuerpos políticos, desamparo y fin del individuo*. Colombia, Editorial Bonaventuriana, 2019.
- Spinoza, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Buenos Aires, Ed. Agebe, 2012.
- Srnicek, Nick. *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires, Caja Negra, 2018.
- Tello, Andrés. *Anarchivismo: Tecnologías políticas del archivo*. Buenos Aires, La Cebra, 2018.
- Zuboff, Shoshana. *La era del capitalismo de la vigilancia: la lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona, Paidós, 2020.